

LA RELIGION

CONSIDERADA

EN SUS MISTERIOS.

LA religion cristiana tiene en sí misma caracteres de luz y de verdad, capaces de hacer impresion en toda alma dócil y razonable. Jamas temerá las discusiones profundas; y segura del triunfo, siempre que se la examine con rectitud y buena fe, solo teme los errores y las pasiones; por esto está siempre pronta á poner con toda confianza á vista del incrédulo los títulos brillantes de su celestial origen. Hecha en efecto para todos, lo mismo para el vulgo que para el sabio, no está apoyada en sistemas superiores al alcance de los entendimientos vulgares, sino en grandes hechos históricos, consignados en los monumentos mas irrecusables; en hechos mejor atestiguados que los de Sócrates de que nadie duda, y enlazados con la revolucion mas

asombrosa que haya acaecido en el mundo; quiero decir, la destruccion de la idolatría, y la conversion del mundo al Evangelio.

Pero al mismo tiempo no niega las misteriosas tinieblas en que está envuelta: ella misma nos advierte que aun estamos en el tiempo de las sombras y de la oscuridad; que en ellas se halla en efecto la verdad, pero cubierta con un velo; que los divinos secretos de su doctrina, así como los de la naturaleza, no se manifestarán del todo sino en la mansion de la plena y perfecta luz. ¿Pero cuál es en esta parte la conducta del incrédulo? Retira voluntariamente la vista de todos los puntos luminosos del cristianismo, para fijarla solo en los oscuros; y parecido al que en el extraño fenómeno de la lluvia de piedras tan comprobado en nuestros dias no viese mas que su inverosimilitud y aparente imposibilidad desdeñándose de examinar los testimonios que prueban su existencia, aparta la vista de las pruebas mas claras de la religion para arrojarla contra sus misterios que ella misma confiesa ser impenetrables.

No por esto temamos seguir los ataques dirigidos por la incredulidad contra los misterios, ni considerar la religion por su lado mas oscuro: no, queden vencidos sus enemigos en el

puesto mismo donde parece que colocan toda su fuerza. El incrédulo nos dirá que si el Dios de verdad y de luz se dignase hablar á los hombres, no les revelaria sino cosas muy claras: hagámosle ver nosotros que en una religion verdaderamente divina conviene que haya cosas incomprendibles. Añadirá que los misterios del cristianismo son cosas de pura especulativa, sin relacion con las reglas de las costumbres, y que se pueden despreciar impunemente; hagámosle ver cuan útiles son los misterios cristianos respecto á la moral. La conveniencia pues de los misterios en una religion divina y su utilidad en la cristiana formarán el asunto y la division del presente discurso.

Entiendo por misterios ciertos puntos de doctrina superiores á la comprension humana, que la razon jamas hubiera podido descubrir por sí sola, y que creemos bajo de la autoridad divina que los ha revelado, aunque no comprendamos su naturaleza: tal es el dogma de un Dios hecho hombre por la salvacion del mundo. Así, en lugar de sorprenderme de hallar misterios en una religion divina, deberia mas bien admirarme de que careciese de ellos.

En efecto, si me elevo hasta la Divinidad, y contemplo las adorables perfecciones de aquel

por quien todo existe y se anima en el universo, aquel poder que le ha creado, aquella sabiduria que le gobierna, aquella bondad que se complace en comunicarse y difundirse, aquella santidad que aleja de sí hasta la sombra del mal, y aquella justicia tan temible para el vicio como consoladora para la virtud; no puedo dejar de conocer, á pesar de la debilidad de mi inteligencia, que estos son atributos divinos, y que debo humillarme ante su infinita magestad, tributarle homenajes de adoracion y de amor, y sacar de estas nociones aunque imperfectas, reglas que dirijan mis afectos y mi conducta en la vida presente. Pero conozco no ménos que querer profundizar mas las perfecciones del Ser infinito es arrojarme á un abismo cuya profundidad no me es dado sondear, pues son como un océano inmenso, sin fondo y sin ribera, donde el entendimiento se confunde y se pierde. Sí, es ciertamente incomprendible el Dios que adoramos, y esta es la denominacion que le caracteriza mas completamente. No basta decir que es el ser soberanamente bueno, sabio é inteligente; es preciso añadir, como observa Bourdaloue, que es bueno, pero incomprendible su bondad; sabio, pero incomprendible su sabiduria; inteligente, pero incomprendible su inteli-

gencia; ¿y siendo obra suya la religion, no deberá llevar el sello de su autor? Las obras del hombre son limitadas como él; pero las de Dios que es un ser infinito, deben participar en algun modo de su infinidad. Si mi religion careciese de todo misterio, me seria sospechosa, temeria reconocer en ella una invencion humana, y el sello de un impostor hábil que no ha querido inquietar ni atemorizar la razon de sus semejantes. En la religion de un Dios que dejaría de serlo si pudiese ser comprendido, es necesario que haya puntos incomprensibles; y ved como los misterios léjos de hacer el cristianismo indigno de Dios, le marcan, por decirlo así, con el sello de la divinidad.

Amplíemos mas esta idea. Los misterios, dicen, son incomprensibles. Es cierto que lo son, pero por esto mismo son mas dignos de la inteligencia infinita de Dios. Si los sabios tienen una infinidad de conocimientos raros é incomprensibles al comun de los hombres ¿no conocerá aquel que es la ciencia misma y la luz por esencia, verdades superiores al entendimiento mas penetrante? Decid á un hombre del vulgo que el sol que ve elevarse, subir al medio dia, declinar al poniente, y al fin ocultarse, permanece sin embargo inmóvil en el centro del

mundo: decidle que esta tierra sobre la que se halla fijo gira sobre sí misma con una rapidez asombrosa, y le veréis scareirse; creará tal vez que quereis burlaros de su ignorancia y sencillez; y si no conseguis inculcar en su entendimiento ideas intermedias que le faciliten la creencia de vuestra doctrina, no verá mas que una extravagancia en lo mismo en que vosotros creéis ver una realidad. ¿Qué pensariais de un aldeano que dijese á uno de nuestros sabios: Nada comprendo de cuanto me decis de la inmovilidad del sol, puesto que con mis ojos sigo en cierto modo su movimiento, ni sobre el giro de la tierra que conozco por mis sentidos permanece fija. Todo eso es ininteligible, y yo me atengo á lo que veo. Un astrónomo se compadeceria tal vez de su rústico raciocinio: pues bien, permitidme que os diga: ¿son acaso mas sólidas vuestras reflexiones sobre los misterios? Porque al fin, entre el astrónomo y el aldeano hay ciertos puntos de contacto y de comparacion: aquel así como este, es hombre débil y limitado; y aunque entre los dos haya uua grande distancia, no es sin embargo inmensa. Pero entre Dios y el hombre, aun quando sea el mas sabio de todos, media una distancia infinita; esa misma razon que os ensoberbece, no es

mas que una pequeña parte del grandé oceano de ciencia y de luz que es Dios; y el cielo dista ménos de la tierra que la inteligencia humana de la divina. Nuestro entendimiento no es tan perspicaz que pueda penetrar y comprender la esencia de las cosas; y reunir el todo y las partes abrazando hasta los extremos: existen realmente en los objetos muchas relaciones que se escapan á nuestra penetracion; y ved ahí por que la verdad nos puede parecer alguna vez inverosímil y repugnante; mas Dios ve el fondo de las cosas, y por ello ve conformidad en lo mismo en que nosotros solo hallamos oposicion. La medida de nuestro entendimiento es demasiado corta para poder abrazar la inmensidad de los conocimientos divinos, y es lo mismo que si quisiéramos encerrar en nuestras manos todas las aguas del oceano.

Los misterios son incomprensibles: en esto no hay duda: pero por eso mismo son mas dignos de la sabiduría de Dios. Jesucristo vino para sanar al hombre entero curando la obcecacion de su entendimiento producida por la soberbia, y la llaga hecha en su corazon por el deleite. Una curiosidad altiva le habia precipitado en los mas monstruosos errores, así como el amor á las cosas sensibles le habia sumergi-

do en las mas brutales y vergonzosas pasiones: era preciso por consiguiente que su corazon fuese purificado por una ley santa, y humillado su entendimiento por verdades incomprensibles: esta razon que nos ilumina es un don del padre de las luces; mas si por un vil abuso hubiese llegado á sublevarse contra su autor, ¿qué cosa mejor puede hacer para expiar su rebelion que humillarse ante la razon suprema, y someterse al yugo de la incomprensible pero infalible verdad de Dios?

Los misterios son incomprensibles: no lo negamos; pero por esta misma razon son mas dignos del plan general de la Providencia en el gobierno de este mundo. Celoso en efecto Dios de recibir homenajes racionales y meritorios, quiso que su religion estuviese rodeada á un mismo tiempo de luces y de tinieblas. Si fuera mas oscura, podriamos tener excusas para no creer en ella; y si mas clara, veriamos en lugar de creer. Sí señores, en la religion lo mismo que en la naturaleza, es Dios á un mismo tiempo visible é invisible: es visible, porque ha rodeado la mision de Jesucristo y de los apóstoles de una luz celestial en que la razon encuentra los motivos de su creencia, y por esto es racional nuestra fe: es invisible por la naturale-

za impenetrable de la doctrina que mandó anunciarnos; y en esto consiste el mérito de nuestra creencia. ¿Tenemos alguno en efecto en creer la existencia del sol que vemos con nuestros ojos? El que busque la verdad hallará motivos suficientes para creer, y al que la aborrezca no le faltarán pretextos para ser incrédulo. El Dios del cristianismo habita en una nube densa de donde salen resplandores dulces y vivos que regocijan las almas dóciles, pero de donde también parten rayos que deslumbran y ciegan á los soberbios.

¿Mas cuáles son los argumentos de la incredulidad contra estas reflexiones, hijas de la recta razón? Dios, dice el incrédulo, no es un Dios de tinieblas; por consiguiente ¿por qué había de revelar al hombre dogmas ininteligibles? Despreciad esos dogmas misteriosos que no son para nosotros mas que palabras sin sentido. Este es el lenguaje de Juan Santiago; lenguaje tan desatinado, cuanto desmentido por la experiencia diaria.

Es cierto, señores, que no tenemos ideas completas y perfectas de nuestros misterios; que no los comprendemos en su sustancia misma, ni los vemos despejados de toda clase de nubes; pero los conocemos bastante para ha-

blar de ellos distinta y sensatamente, bastante para no confundirlos unos con otros, para conocer dónde se halla la sana doctrina y en qué consiste el error, y aun para sacar de ellos reglas de conducta muy útiles y muy interesantes. Pues qué, ¿cuando el respetable Bourdaloue predicaba en los púlpitos de esta capital sobre los misterios, hablaba á su auditorio en una lengua desconocida? ¿Profería solo palabras sin sentido? ¿No excitaba en las almas ni ideas ni sentimientos? ¿No se sabe por el contrario que sus excelentes discursos son la obra maestra de la elocuencia cristiana? Con los misterios de nuestra religion sucede lo mismo que con otras cosas de que hablan continuamente todos los hombres, así los sabios como el vulgo, sin embargo de no tener sobre ellas mas que nociones imperfectas, vagas y confusas. En todas partes, por ejemplo, se habla del tiempo, del espacio de lo infinito, de la eternidad; pero si lo reflexionamos atentamente, veremos que todas estas son cosas cuya naturaleza está oculta para nosotros, y de que solo tenemos ideas incompletas y envueltas en una oscuridad impenetrable. Y en efecto, ¿quién puede gloriarse de comprender á fondo qué cosa es el espacio, y terminar sobre este pun-

to las disputas de los metafísicos mas sutiles? ¿Se querrá designar el espacio como una inmensa capacidad distinta de este mundo, en la cual esté contenido el mismo mundo? ¿Pero esta capacidad es alguna cosa real y efectiva? ¿La tendremos por un ser verdadero, ó bien por un ser imaginario, por la nada? Acaso se dirá que el espacio no es una cosa distinta del modo con que los cuerpos existen con relacion entre sí. ¿Pero cómo pueden existir cosas materiales sin estar contenidas en un lugar que se distinga de ellas mismas? Confesémoslo, señores; el entendimiento humano toca aquí ciertos límites que le es imposible traspasar. Uno de los ingenios mas penetrantes que ha conocido el mundo, San Agustín, se hallaba tan perplejo para formar una idea exacta del tiempo, que dice estas palabras (1): „Sé lo que es el tiempo „cuando no se me pregunta lo que es; pero „cuando se me pregunta qué cosa es, ya no lo „sé.” Si señores, sería preciso no haber meditado jamas, é ignorar absolutamente la metafísica, esa ciencia que es el fundamento de todas las demas, para no saber que la mayor parte de nuestros conocimientos están enlazados

(1) *Confesiones*, lib. XI, cap. XIV.

con cosas de que solo tenemos ideas incompletas y cubiertas de densas tinieblas. Cesemos pues de exigir de la Divinidad que solo nos revele cosas de que tengamos ideas completas y perfectamente claras.

Pero dice mas el incrédulo: Yo, dice, debo ser racional ántes que cristiano. ¿Por qué pues me he de someter ciegamente á lo que no entiendo? ¿Debe la fe ahogar la razon? No señores, no; entendámonos bien, y veremos claramente que la razon misma nos conduce á la fe. La razon es en efecto la que nos abre las puertas del divino santuario, y la que arrojándonos en los brazos de la religion, nos deja bajo de su imperio. Guiados por ella descubrimos que Jesucristo y sus apóstoles han aparecido en la tierra, que han dado pruebas manifiestas de su divina mision, y ella es la que nos da la misma clase de certidumbre de estos hechos que de la existencia de César y de sus conquistas en las Galias. La razon discute y profundiza los hechos, y he aquí sobre lo que recae el exámen del cristiano. Yo os invito, señores, en nombre de la religion á examinar los títulos en que funda sus derechos á nuestros homenajes: han resistido al tiempo, á la crítica y á todas las pasiones conjuradas contra ellos;

y unos cuantos argumentos de nuestros dias no trastornarán lo que diez y ocho siglos de combates no han hecho mas que afirmar; pero tambien cuando la razon nos ha convencido de la autoridad divina de Jesucristo y de sus discipulos, ella misma nos manda imperiosamente someternos á su doctrina, y humillar nuestra débil comprension ante la inteligencia suprema. Cuando Dios habla es preciso que el hombre calle. ¿Qué importa pues que la fe sea oscura en los objetos de su creencia, si es muy luminosa en los motivos que tenemos para creer? En efecto, si la razon no hace inteligibles los misterios, los hace ciertamente creibles.

Alega ademas el incrédulo, que no solamente son incomprendibles los misterios cristianos, sino que su misma exposicion contiene contradicciones. Tal es segun ellos la del misterio de la Trinidad. ¡Un solo Dios en tres personas! ¿habrá mayor contradiccion? Aquí, señores, debemos aclarar bien las cosas para no extraviarnos. Si asegurais que nuestros misterios considerados en sí mismos son inverosímiles, que salen de la esfera comun de la comprension humana, que presentan contradicciones aparentes, que están sujetos á dudas, cuya solucion no siempre se percibe claramente, estamos acor-

des; sin esto no serian misterios. Pero debo recordaros que muy frecuentemente se escapan á nuestro entendimiento ciertas relaciones de verdad, aunque efectivas; que por lo mismo podemos muy bien tomar contradicciones aparentes por contradicciones verdaderas; que no se deben atribuir al Ser infinito las propiedades del ser limitado; que seria un error el querer aplicar en toda su fuerza á la Divinidad las nociones del hombre: os diré por último que no debemos avergonzarnos de confesar con Descartes, que no es permitido negar verdades bien probadas porque ofrezcan algunas dudas indisolubles á nuestra débil razon: de esto puedo citaros un millon de ejemplos que aclaren mi pensamiento. En las ciencias naturales, y aun en aquella misma que pasa por la mas exacta de todas, se llega por una serie de proposiciones perfectamente encadenadas á resultados tan extraños, que apenas se sabe como conciliarlos entre sí, ni con la sana razon. Se demuestra por ejemplo, que dos líneas pueden irse siempre aproximando una á otra, sin jamas tocarse por mas que se prolonguen al infinito, y para mí esta es una cosa muy singular. Pero veamos otro ejemplo mas familiar: haced que un ciego de nacimiento recorra con la mano la

superficie plana de un cuadro que con arreglo á las leyes de la óptica ofrezca en perspectiva elevaciones y profundidades, y decidle despues lo que representa esta superficie; ¿cómo es posible que conciba que lo que al tacto de su mano ofrece una superficie plana, forme desigualdades á vuestra vista? ¡Plano y profundo á un tiempo, dirá el ciego, es un absurdo! Y en efecto, hay en esto para él cierta cosa repugnante y contradictoria, un verdadero misterio: ¿y por qué no puede juzgar bien en la materia? La razon es porque carece de un sentido, que es la vista, por cuya falta le son enteramente desconocidos los fenómenos de la luz reflejada y de la perspectiva. Pues bien, señores, nosotros somos este ciego con referencia á los misterios. Al presente nos falta un grado de inteligencia que tendremos algun día; pero así como el ciego por el testimonio de los demas hombres, crée racionalmente las maravillas de la vision, aunque no las comprenda, así nosotros por el testimonio divino de Jesucristo y de los apóstoles creemos racionalmente los misterios del cristianismo, aunque no podamos comprenderlos.

Cuando nuestros jóvenes incrédulos se toman la libertad de hablar de nuestros misterios con

tanta ligereza, y creen hallar en ellos verdaderas contradicciones, ¿han reflexionado que las dificultades en que se paran, no han detenido á los ingenios mas sobresalientes de la tierra, y que esas supuestas contradicciones han sido examinadas y discutidas por los mayores filósofos que ha producido la Europa de tres siglos á esta parte, como son Bacon, Descartes, Pascal y Leibnitz? ¿Y cómo, iniciados apénas en los secretos de la alta metafísica, se atreven sin reflexion á ver en nuestros misterios, absurdos que no han advertido esos mismos hombres que respetamos como los príncipes y creadores de las ciencias modernas?

Permítansenos algunas explicaciones para hacer ver que lo que las mas veces se impugna en nuestros misterios, no es lo que la fe nos enseña, sino lo que la imaginacion supone en ellos sin fundamento.

La fe nos hace adorar á un solo Dios en tres personas que poseen unas mismas perfecciones. Hay por consiguiente en Dios unidad y trinidad todo junto; pero no bajo de un mismo respecto: no decimos que tres personas hacen una persona, ni que tres dioses forman un Dios; esto seria una contradiccion palpable; sino que afirmamos la unidad de la naturaleza divina y la tri-

nidad de personas. Hay pues unidad bajo de un aspecto, y trinidad bajo de otro, y esto basta para no hallar contradicciones en la expresion del misterio; y el que para poner en ridiculo nuestra fe nos acusa de creer que tres no hacen mas que uno, ni aun ha comprendido el sentido en que nosotros lo profesamos. Para aclarar algun tanto las profundidades de este misterio, se han servido los doctores de la Iglesia de una comparacion admirable. En el hombre, dicen, existe el alma, se conoce y se ama así misma: existir, conocerse y amarse son tres cosas distintas que se encuentran sin embargo en un solo y mismo espíritu; y ved aquí una imagen cuyo modelo perfecto está en Dios. Dios existe desde la eternidad con el conocimiento y amor infinito de sus infinitas perfecciones: ¿y quién conoce bastantemente las operaciones internas del ser infinito, y lo que puede resultar de este conocimiento y de este amor infinito, para atreverse á decir que no puede resultar de ellos lo que nos enseña la revelacion?

Concluiré, señores, esta primera parte con una reflexion que tal vez no habréis hecho jamas muchos de vosotros. Figuraos, si podeis, un sistema filosófico, que os parezca no contiene cosas tan repugnantes, ni contrariedades tan visibles

cuales os las imaginais en nuestros misterios, y os disimularé entretanto que no los admitais. ¿Cuáles son, decid, vuestras opiniones? ¿Quereis ser ateos, materialistas, fatalistas, escépticos ó deistas? Elegid. Usando en este momento de toda indulgencia, prescindiré de la falsedad de vuestros sistemas; no os diré con Bossuet (1) *que por desechar verdades incomprendibles, os precipitais en incomprendibles errores*; y me limitaré á probaros que, cualquiera que sea vuestro sistema, os veréis precisados á tragar en él cosas no ménos chocantes que las que se os resisten en nuestros misterios.

Si sois ateos, os diré que para ser consiguietes debeis creer que este universo en que brillan rasgos de una inteligencia infinita no supone sin embargo una causa inteligente, y que os veis precisados á haceros sordos á aquel primer grito de la recta razon y de la experiencia que os dice que este mundo supone un Dios, del mismo modo que un templo supone un arquitecto. Alegareis para explicar este mundo, su armonía y sus maravillas, algunas palabras sin sentido como el *acaso, la naturaleza, la necesidad*. ¿Pero qué es todo esto sino cosas incohe-

[1] *Orais. fun. de la princesse Palatine.*

rentes y que irritan á la razon? Si sois materialistas, es preciso que creais que lo que piensa en vosotros es materia, y por consiguiente que vuestra alma tiene las propiedades de esta, es decir que es extensa, divisible, y que tiene color; y sin embargo el pensamiento no tiene ni extension, ni divisibilidad, ni color; es preciso que creais que un ser inteligente y racional, cual es el hombre, ha sido producido por una reunion de partes materiales, brutas y destituidas de razon: ¿y no es todo esto un conjunto de contradicciones? Os diré, si sois fatalistas, que segun vuestro sistema, yo estoy hablando ahora porque me impele á hablar una fuerza irresistible; y sin embargo yo reconozco en mí la facultad de callar de un modo tan perceptible como conozco mi existencia: ¿y cómo concertais esa invencible necesidad con el sentimiento íntimo que yo tengo de mi libertad? Segun vuestro sistema el malvado que alevosamente asesina al inocente no tiene realmente mas libertad que el tigre que despedaza su presa; y si lo creeis así. ¿porqué le llamais criminal? ¿Porqué le castigais como tal? ¿No es esto inconciliable? Si sois escépticos, debéis dudar de todo, hasta de vuestra propia existencia, y sin embargo os veis arrastrados continuamen-

te á creer que existís: conciliad pues, si podeis, esa duda universal con el convencimiento de vuestra existencia. No creais salir de embrazos acogiéndoos al deísmo, que reconoce un Dios, una providencia y una vida futura; porque entónces os diré: reconocéis un Dios, espíritu inmortal y criador de este universo; ¿pero un espíritu que saca de la nada la materia, no es un misterio tan impenetrable á la razon humana como todos los misterios del cristianismo? Aun hay mas: vosotros reconocéis un Dios soberanamente perfecto; por consiguiente un Dios que á un mismo tiempo sea simple é inmenso, libre é inmutable, Señor de nuestras voluntades, sin violentar nuestra libertad. Pues bien: yo me atrevo á predeciros, que si tratáis de conciliar entre sí todas estas cosas, hallaréis obstáculos que os parecerán insuperables. Por último os diré, cualquiera que sea vuestro sistema: por lo mismo que hay cosas que existen hoy, es preciso que alguna cosa haya existido siempre; y por consiguiente existe un ser eterno. Poco importa para la fuerza del argumento que este ser sea Dios, ó sea la materia; pues en todo caso es preciso admitir una eternidad, una duracion que no ha tenido principio. ¿Pero esta duracion se compone de instantes que